



**“Los docentes y los programas de estudio: nuevas miradas y nuevas relaciones”.**

**Elaborado por:** Jordi Francisco Chel Estrella.

**Propósito:** Que los docentes de preescolar, primaria y telesecundaria resignifiquen su papel en la comprensión y apropiación del Plan de Estudio 2022, desde una perspectiva deliberativa, para la elaboración colectiva del programa analítico.

**Aspecto de mejora:** De una práctica docente centrada en una perspectiva técnica-instrumental del currículo, que los posiciona como ejecutores de planes y programas de estudio, a una práctica crítica y reflexiva desde una perspectiva deliberativa del currículo para la toma de decisiones en colectivo sobre el programa analítico.

## **“Una nueva manera de repensar el trabajo de la práctica docente”**

Desde el momento en que comenzamos a crear el proyecto de análisis como parte del plan de estudios de 2022, supe que tenía la oportunidad de cambiar no solo la forma en que enseño, sino también la forma en que mis alumnos experimentan el aprendizaje. Como docente de sexto grado, siempre he valorado la importancia de la autonomía y la identidad profesional, pero esta experiencia me hizo pensar profundamente en lo importantes que son estos aspectos para darle sentido a mi trabajo. La autonomía, entendida como la capacidad de tomar decisiones instruccionales basadas en las necesidades de los estudiantes y el contexto en el que trabajo, es un pilar fundamental de todo el proceso. Al mismo tiempo, mi identidad profesional cobró una nueva dimensión al darme cuenta de que mi rol no se limitaba a la aplicación de un procedimiento predeterminado, sino que también incluía estructurarlo desde una posición crítica y comprometida.

El diseño del programa analítico no fue un trabajo individual; al contrario, requirió la colaboración y el consenso entre colegas, lo cual fue una experiencia enriquecedora y desafiante. Cada docente aportó su experiencia, perspectiva y prioridades, enriqueciendo la conversación, pero también enfatizando la necesidad de estrategias claras para llegar a acuerdos. Aquí aprendí la importancia de desarrollar dinámicas que faciliten la toma de decisiones colectivas. Optamos por ejercicios de reflexión compartida y mesas de trabajo en las que analizamos los contenidos desde distintos ángulos, siempre buscando un balance entre los enfoques disciplinarios y las competencias que el plan de estudios propone. En este sentido, la integración curricular se convirtió en un principio rector, ya que nos permitió entender que las áreas del conocimiento no deben trabajarse de manera aislada, sino como un todo interrelacionado que favorezca aprendizajes significativos para los estudiantes.

A medida que avanzábamos en la construcción del proyecto, surgió la necesidad de reflexionar sobre cómo este proceso afectó nuestra práctica docente. Una de las lecciones más valiosas es la comprensión de que la integración curricular beneficia no sólo a los estudiantes sino también a los profesores porque nos obliga a salir de nuestra zona de confort y repensar la forma en que enseñamos. Por ejemplo, al ofrecer lecciones que conectan matemáticas y ciencias o español e historia, me di cuenta de que necesitaba adoptar un enfoque interdisciplinario, lo que me llevó a explorar nuevas estrategias de enseñanza.

También se hizo evidente la relevancia de considerar las necesidades emocionales y sociales tanto de los estudiantes como de los docentes. En las discusiones con mis colegas, surgió con frecuencia la preocupación por cómo construir un programa que no solo integre contenidos académicos, sino que también fomente habilidades para la vida. Reflexionamos sobre la importancia de diseñar actividades que promuevan la colaboración, el pensamiento crítico y la empatía, habilidades esenciales en el mundo actual. Estas reflexiones nos llevaron a incorporar estrategias que permitieran conectar los aprendizajes con la vida cotidiana de los alumnos, como proyectos interdisciplinarios que abordaran problemas reales de la comunidad. Este enfoque no solo enriqueció el programa analítico, sino que

también me hizo más consciente del papel que juego en el desarrollo integral de mis estudiantes.

Este ejercicio también me permitió reflexionar sobre mi papel como facilitador del aprendizaje, más allá de ser un transmisor de conocimientos, pues me vi en la necesidad de promover en mis estudiantes una visión crítica y holística del mundo. Asimismo, esta experiencia me llevó a valorar la flexibilidad y la adaptabilidad como cualidades indispensables en la docencia. La construcción del programa analítico no fue un proceso lineal, sino que requirió ajustes constantes a medida que identificábamos nuevas necesidades y desafíos. Por ejemplo, en más de una ocasión, tuvimos que replantear objetivos o estrategias para asegurar que el programa fuera inclusivo y pertinente para todos los estudiantes, especialmente aquellos con dificultades de aprendizaje o contextos familiares complejos. Esta capacidad de ajuste me enseñó que un programa analítico debe ser una guía, no un corsé, y que su verdadera efectividad radica en la capacidad del docente para adaptarlo a las circunstancias cambiantes del aula.

El análisis del proceso también reveló implicaciones significativas en nuestra práctica cotidiana. Adaptar nuestras planeaciones para responder a un programa diseñado colectivamente nos llevó a reorganizar tiempos, recursos y prioridades en el aula. Además, fue necesario repensar cómo evaluaríamos el aprendizaje, ya que el énfasis en competencias transversales requería instrumentos que reflejaran esa visión integral. Esta experiencia también me ayudó a comprender mejor las características de mis alumnos, desde sus intereses hasta los obstáculos que enfrentan y cómo los procedimientos de análisis basados en el contexto pueden transformar su aprendizaje. Esto me dio una apreciación más profunda del enfoque contextual del plan de estudios de 2022, que ve la diversidad como una fortaleza y no como un obstáculo.

Al final, este proceso me confirmó que la enseñanza es una profesión en constante evolución y que cada persona toma decisiones, por pequeñas que parezcan, que tienen un profundo impacto en el aprendizaje de los estudiantes. Crear un plan reflexivo basado en la reflexión colectiva y la integración curricular no solo cambió mi forma de planificar, sino que también fortaleció mi identidad profesional y mi compromiso con la docencia. Ahora entiendo más claramente que autonomía no significa trabajar solo, sino más bien la capacidad de colaborar y tomar decisiones como comunidad, y que la identidad profesional no es estática, sino que se redefine a través de experiencias docentes similares. En definitiva, es un acto de responsabilidad y esperanza.